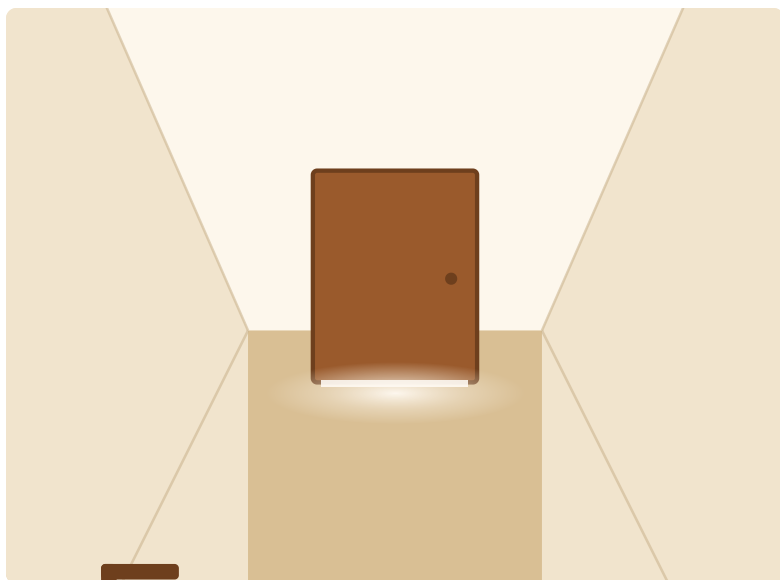




LIBRO ESPECIAL — GODLIVES

El pasillo

*Un libro para quien espera, sin saber todavía
cómo va a terminar esta noche*

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA

DEDICATORIA

Dedicado a un gran amigo.

*Estás pasando por una situación difícil,
pero tienes ángeles alrededor.*

*Esto no es una lección ni un consejo. Es un poco de
esperanza puesta por escrito, algo para tener en
las manos en las horas más largas — las de la
madrugada, las del pasillo, las que se hacen
eternas cuando ya no hay nadie más despierto
cerca de ti.*

*No sé cómo va a terminar lo que estás viviendo.
Nadie lo sabe todavía, y no voy a fingir que sí.
Pero sí sé esto: no estás atravesando esta espera
en soledad, aunque a ratos se sienta así. Algunos
de esos ángeles tienen nombre y cara conocida, y
están más cerca de lo que alcanzas a ver desde
ahí.*

*Este libro es, sobre todo, un abrazo con forma de
palabras.*

Dios te quiere, y siempre está ahí.



José.

«El pasillo»

Libro especial de Godlives

Un libro para quien espera, sin saber todavía cómo va a terminar esta noche.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo demanda.

Todos los derechos reservados.

Contenido

1. Prólogo

2. Carta al lector

3. Capítulo 1 — El umbral

4. Capítulo 2 — La vigilia

5. Capítulo 3 — Qué pedir cuando no sabes qué pedir

6. Capítulo 4 — El cruce

7. Capítulo 5 — El guardián que no duerme

8. Un paso: cinco minutos, una mano, tres respiraciones

9. Algo para decirle

10. Palabra de cierre

11. Oración

12. Antes de cerrar el libro

13. Bibliografía y fuentes

Prólogo

Sé que traes un cansancio que pesa. No hace falta que me lo digas ni que me expliques nada: si estás leyendo esto, es muy probable que sea de noche, que lleves horas en una silla que no fue hecha para dormir, y que tengas el celular como única compañía además de las máquinas que pitan al otro lado de una puerta.

Este libro no es como los demás que hemos hecho. No es una guía de treinta días, ni un plan, ni una fórmula para sentirte mejor. Es cinco historias cortas y cinco palabras antiguas, pensadas para leerse una por una, en el orden que quieras, en el momento que puedas — aunque sea media página antes de que se te cierren los ojos.

No te va a decir que todo va a salir bien. Yo no lo sé, y fingir que lo sé sería mentirte justo cuando más necesitas que alguien te diga la verdad. Tampoco te va a pedir que tengas fe suficiente para que las cosas mejoren. Eso no es fe: es una condición disfrazada de consuelo, y este libro no la usa.

Lo único que te voy a pedir, si acaso, es que te quedes un rato conmigo. Aunque el sueño te venza a mitad de una frase. Eso también cuenta.

*Con admiración por la fuerza que estás teniendo, aunque hoy no
la sientas,*



José Martínez

Carta al lector

Quiero decirte, antes de que sigas, algo que sostiene todo este libro.

Hay una diferencia entre el optimismo y la esperanza. En los momentos difíciles, esa diferencia importa más que en cualquier otro lugar del mundo.

El optimismo dice “todo va a salir bien” — una predicción, casi siempre sin ninguna base real, que además te exige sentir ánimo ahora mismo para que cuente.

La esperanza dice algo distinto y más honesto: “esto puede salir de cualquier manera, y aun así hoy me quedo, hoy la acompaño, hoy sigo aquí”. No es una apuesta sobre el resultado. Es una decisión de seguir presente mientras el resultado, todavía, no se conoce.

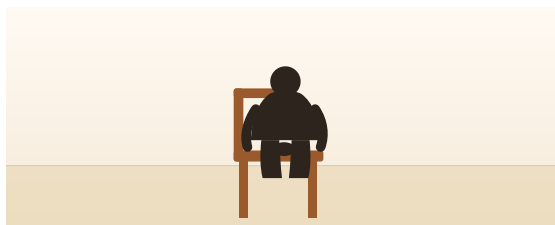
Vas a leer cinco historias de personas reales que esperaron junto a alguien que amaban, o que fueron esperadas por alguien que las amaba, sin que nadie les garantizara cómo iba a terminar. Te lo digo desde ya, para que no te agarre por sorpresa a mitad de camino: no todas terminan igual. Algunas vas a sentirlas como un alivio. Otras no. Ninguna te dice cómo va a terminar la tuya. Ninguna tiene ese poder, y ningún libro debería fingir que lo tiene.

Junto a cada historia vas a encontrar una palabra antigua — un salmo, un pasaje de un evangelio, una carta — que alguien, hace mucho tiempo, dijo o escribió estando exactamente donde tú estás ahora: sin saber, esperando, con miedo. Ninguna de esas palabras te promete curación. Todas te ofrecen algo distinto, y creo que más valioso para esta noche: compañía.

ANTES DE EMPEZAR

Este libro se escribió para acompañarte en la espera, no para resolverla. Habla del miedo, del cansancio, de la culpa que a veces no se confiesa ni en voz baja, y de lo que se siente cuando alguien que amamos está grave y nosotros seguimos de pie, sin saber por cuánto tiempo más. Si en algún punto de esta lectura reconoces en ti un agotamiento que no baja nunca de intensidad, o pensamientos de no querer seguir viviendo tú — este libro no es suficiente, y no tiene por qué serlo. Buscar ayuda profesional (un psicólogo, un médico, los servicios de emergencia o una línea de ayuda emocional de tu país) no es una falta de fe ni de fortaleza. Es exactamente el tipo de cuidado que este libro quiere para ti.

Vamos, entonces. Despacio, y con permiso para detenerte cuando lo necesites.



CAPÍTULO 1

El umbral

¿Alguna vez entraste a un lugar sabiendo que, cuando salieras, algo en tu vida ya no iba a ser igual — sin tener ni idea todavía en qué sentido? No hablo de un mal presentimiento cualquiera. Hablo de cruzar una puerta —la de una sala de espera, la de un pasillo largo — y sentir que ahí empieza algo que no puedes calcular ni controlar. Solo atravesar.

El 31 de marzo de 2014, Gabriel García Márquez fue ingresado en un hospital de Ciudad de México con una neumonía y una infección. Tenía 87 años, y llevaba ya un tiempo perdiendo la memoria.

Según cuenta su hijo Rodrigo en el libro que escribió años después sobre esos días, su padre era plenamente consciente de que se le estaba yendo — y eso le dolía de una manera distinta a cualquier otro dolor. Cuando lo internaron, su esposa Mercedes le dijo a Rodrigo, sin adornos, sin intentar sonar más fuerte de lo que estaba: “De esta no salimos.”

No lo dijo para rendirse. Lo dijo porque, después de más de cincuenta años juntos, sabía reconocer un umbral cuando lo cruzaba. Nueve días después le dieron de alta y lo llevaron a casa. Murió ahí, de madrugada, rodeado de su esposa y sus dos hijos. Rodrigo esperó siete años antes de poder contarlo.

Te cuento esto sin adornarlo, y quiero ser claro contigo sobre algo: esta historia no es un pronóstico sobre la tuya. No te la cuento porque termine como tú temes que termine la tuya, ni porque eso sea “lo que suele pasar”.

Te la cuento porque Mercedes hizo, esa noche, algo que quiero que veas de cerca: dijo la verdad que sentía, sin fingir una esperanza que no tenía, y aun así se quedó. Ese “de esta no salimos” no fue lo contrario de la fe. Fue, si lo piensas bien, una forma muy honesta de estar presente.

Hay un salmo antiguo, uno de los más cortos y más directos de toda la Escritura, que empieza exactamente en ese lugar: el umbral, sin saber qué hay del otro lado.

“¿Hasta cuándo, SEÑOR, me seguirás olvidando? ¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro? ¿Hasta cuándo he de estar angustiado y he de sufrir cada día en mi corazón? ¿Hasta cuándo el enemigo me seguirá dominando? SEÑOR y Dios mío, mírame y respóndeme; ilumina mis ojos. Así no caeré en el sueño de la muerte... Pero yo confío en tu gran amor; mi corazón se alegra en tu salvación.” (Salmos 13:1-5, NVI)

Fíjate en algo que casi nunca se cuenta cuando se cita este salmo suelto: quien lo escribió pregunta “¿hasta cuándo?” cuatro veces seguidas, casi gritando, y el texto no lo corrige por eso. No le dice “deja de preguntar y confía”. Le deja hacer la pregunta entera, sin apurarlo.

Y también pide, sin vergüenza, algo muy concreto: “así no caeré en el sueño de la muerte” (v.3) — es, literalmente, pedirle a Dios que alguien no muera. Eso tampoco se corrige en el texto. Ahí mismo es oración legítima.

Y después de las cuatro preguntas y de la petición, el salmista escribe: “Pero yo confío en tu gran amor.” Fíjate que el salmo no dice en ningún momento cómo termina la historia; no hay un versículo que diga “y el Señor lo libró”.

No es el final feliz. Es la confianza cabiendo, todavía, adentro de la pregunta sin responder — como el “de esta no salimos” de Mercedes cabía, todavía, adentro de una noche en la que decidió quedarse.

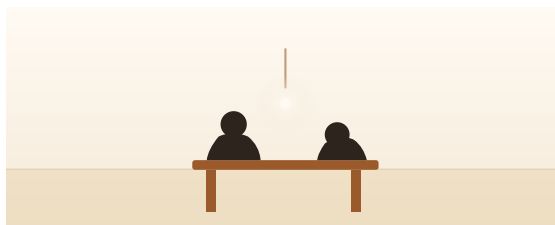
Puedo preguntar “¿hasta cuándo?” y seguir aquí, en el umbral, sin necesitar la respuesta todavía.

LA PALABRA

Salmos 13:1-6 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué es lo que más necesitas decirle a Dios ahora mismo, aunque suene a reclamo?
 - Si pudieras pedir una sola cosa concreta esta noche, ¿cuál sería?
-



CAPÍTULO 2

La vigilia

¿Alguna vez te pidieron algo que sonaba pequeño pero resultó casi imposible de cumplir — quedarte despierto, nada más, sin poder arreglar nada de lo que estaba pasando al otro lado de una puerta? Si has pasado noches así, sabes que “quedarse” no es tan simple como suena.

En marzo de 2020, al comienzo de la pandemia, el escritor británico Michael Rosen enfermó gravemente de covid. Lo ingresaron en el Whittington Hospital, en Londres, y lo pusieron en coma inducido. Estuvo cuarenta días dormido y más de seis semanas en cuidados intensivos. A su esposa, Emma-Louise, le pidieron su consentimiento advirtiéndole que él podía no despertar.

Mientras Rosen estaba inconsciente, sin poder oír ni saber nada, las enfermeras de su sala dejaron un cuaderno al pie de su cama. Y le escribieron. Le contaban cómo había pasado la noche, comentaban las fotos de su familia que le habían pegado cerca, le pusieron una lista de música elegida para él. Una enfermera pasaba noches enteras sentada a su lado, hablándole, y al amanecer le dejaba escrita la carta del día. Rosen, después, cuando pudo leerlo, dijo: “No puedo explicar lo amable y lo hermoso que es.” Y a ellas: “Vuestra profesión me salvó la vida.”

Rosen sí despertó, y volvió a caminar. Pero quiero que te quedes con esto, más que con el final feliz: ese cuaderno no se escribió sabiendo que él iba a despertar. Se escribió para el día en que despertara, si es que llegaba. Un grupo de personas que apenas lo conocían le hablaron durante semanas a un hombre que no podía oírlas, y lo dejaron por escrito. Eso es, quizás, la vigilia en su forma más pura: hacer algo por alguien que no puede saber, todavía, que lo estás haciendo.

Hay una escena, mucho más antigua, que se parece a esto de una manera que te va a doler un poco reconocer. La noche antes de su arresto, Jesús llevó a tres de los suyos a un huerto llamado Getsemaní. El texto dice que “comenzó a sentir temor y tristeza” — palabras fuertes, casi de pánico, no una tristeza tranquila — y les dijo: “Es tal la angustia que me invade que me siento morir. Quédense aquí y vigilen.”

No les pidió que arreglaran nada. No les pidió que entendieran lo que estaba pasando. Les pidió una sola cosa, pequeña y concreta: que se quedaran despiertos.

“Yendo un poco más allá, se postró en tierra y empezó a orar que, de ser posible, no tuviera él que pasar por aquella hora. Decía: «Abba, Padre, todo es posible para ti. No me hagas beber este trago amargo, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». Luego volvió a sus discípulos y los encontró dormidos. «Simón —le dijo a Pedro—, ¿estás dormido? ¿No pudiste mantenerte despierto ni una hora?... El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil».” (Marcos 14:35-38, NVI)

Los discípulos se durmieron. Tres veces. Y el texto no los condena con dureza por eso: solo constata el hecho, casi con ternura — el espíritu quiere, el cuerpo no siempre puede. Si llevas días sin dormir bien de verdad, si el sueño te venció en la silla justo en el momento en que menos querías, quiero que sepas que ni Pedro, ni Jacobo, ni Juan lo hicieron mejor que tú esa noche. Y a ninguno de los tres se les quitó, por eso, el amor de quien velaban.

Si notas que ya no te alcanza el café para sostener la atención, que olvides cosas simples, que te irritas por algo pequeño sin reconocerte — eso no es que falles como quien acompaña. Es tu cuerpo pasando la cuenta de días enteros de vigilia.

Aceptar un turno de dos horas para dormir en otra silla, comer algo aunque no tengas hambre, salir cinco minutos a ver el cielo: no resuelve nada de lo que está pasando adentro de esa habitación, pero te sostiene a ti para poder seguir ahí.

Quedarme, aunque me duerma a ratos, ya es una forma de vigilia que cuenta.

LA PALABRA

Marcos 14:32-38 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Has sentido culpa por necesitar dormir, comer o salir un rato? ¿Qué le dirías a otra persona que se sintiera así?
 - ¿Quién podría relevarte, aunque sea por un par de horas, para que puedas cerrar los ojos?
-



CAPÍTULO 3

Qué pedir cuando no sabes qué pedir

¿Alguna vez oraste con todas tus fuerzas por algo concreto, y sentiste, después, el miedo de que si no se cumplía sería porque tu oración no alcanzó? Quiero hablarte de eso, porque es, probablemente, uno de los miedos más pesados y menos dichos en voz alta de todos los que carga alguien en tu lugar.

Kate Bowler es historiadora, profesora en la Universidad de Duke, y pasó años de su carrera estudiando algo muy concreto: el llamado “evangelio de la prosperidad”, esa enseñanza que dice que Dios da salud y riqueza a quien tiene la fe correcta, y que la enfermedad, entonces, sería una especie de examen que se puede reprobar. Escribió el libro académico que mejor explica de dónde viene esa idea y por qué se volvió tan popular.

En 2015, a los treinta y cinco años, a Bowler misma le diagnosticaron cáncer de colon en estadio cuatro. Le dijeron que era muy improbable que sobreviviera dos años. Tenía un hijo pequeño.

La mujer que había pasado años explicando por qué esa teología le hace daño a la gente, se encontró de pronto viviéndola desde la cama de un hospital: la gente bienintencionada que le decía “todo pasa por algo”, “Dios tiene un plan”, “todo va a estar bien” — las mismas frases que ella ya sabía, académicamente, que no ayudan, y que ahora sentía en carne propia cuánto duelen.

Escribió un libro sobre esos meses, y en vez de pedir un final feliz de mentira, hizo algo distinto: aprendió a orar por lo que sí podía pedir. No por un resultado que nadie le podía garantizar, sino por fuerza para el día, por compañía, por no estar sola en los escáneres.

Diez años después de que le dieran dos, Kate Bowler sigue viva, en remisión. Sigue yendo a revisiones. Ella misma es la primera en decir que eso no fue un premio por haber tenido fe suficiente, ni una prueba de que Dios la quiso más que a la mujer de la cama de al lado. Fue, dice ella, lo que pasó, y no tiene que explicarse para tener sentido.

Hay un pasaje de una carta muy antigua que dice, con una honestidad que casi no se encuentra en ningún otro texto religioso, algo parecido. Pablo, quien escribió buena parte del Nuevo Testamento, cuenta que cargaba con un sufrimiento persistente que nunca se identifica con precisión —“una espina en el cuerpo”— y que pidió, tres veces, con toda claridad, que se la quitaran.

“Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: «Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad».” (2 Corintios 12:8-9, NVI)

No se la quitaron. Y el texto no lo trata como un fracaso de fe de Pablo. No dice “si hubiera orado con más convicción, se la habrían quitado”. Dice algo distinto y, creo, más útil para ti esta noche: que hay una respuesta posible a la oración que no es “sí, tal como lo pediste”, y que esa respuesta tampoco significa que fallaste en algo.

Si ya oraste pidiendo que sane la persona que amas, y lo volviste a pedir, y quizás lo pediste una tercera vez con los dientes apretados — quiero que sepas que eso no mide tu fe. La mide, si acaso, el que sigas ahí, pidiendo lo que sí puedes pedir: fuerza para el minuto que sigue, compañía para ambos, paz para lo que venga, sea lo que sea.

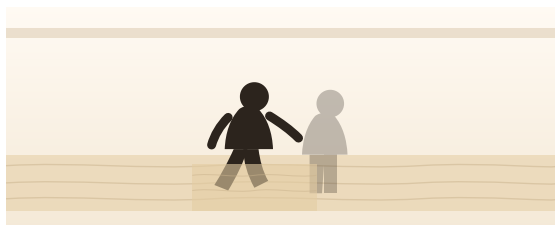
Puedo pedir lo que sí está en mis manos pedir, y dejar en otras manos lo que no.

LA PALABRA

2 Corintios 12:7-10 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Si dejaras de pedirle a Dios el resultado exacto por un momento, ¿qué más podrías pedirle?
 - ¿Alguna vez te dijeron alguna de esas frases que Bowler describe? ¿Qué te habría ayudado más escuchar en su lugar?
-



CAPÍTULO 4

El cruce

¿Alguna vez tu mente se adelantó sola, sin pedirte permiso, a imaginar cómo sería el después — aunque el ahora todavía no hubiera terminado? No hablo de que lo desees. Hablo de que, en medio del cansancio, la cabeza a veces hace ensayos que uno no pidió: cómo sería la llamada, quién estaría ahí, qué dirías.

Si te ha pasado, y después sentiste culpa por haberlo pensado, quiero decirte algo antes de seguir: eso no significa que la estés dando por perdida. Significa que tu mente, sin que se lo ordenes, está intentando protegerte de un golpe que todavía no sabe si va a llegar. No es traición. Es una mente cansada tratando de sobrevivir.

Kees Veldboer manejaba una ambulancia en Róterdam desde hacía veinte años. Un día de noviembre de 2006, a él y a su compañera les tocó un traslado que se demoró horas: llevar a un paciente terminal, Mario Stefanutto, de un hospital a otro. En vez de dejarlo esperando en una camilla en un pasillo, Kees le preguntó si quería hacer algo mientras tanto. Lo llevó al puerto, y consiguieron subirlo a un barco de excursión para que recorriera el puerto de Róterdam una última vez.

Kees vio lo que eso significó para un hombre que se estaba muriendo, y sacó una conclusión sencilla: “Es así de simple: un par de llamadas, una ambulancia vieja, y puedes hacer feliz a alguien cumpliéndole su último deseo.” Meses después fundó una organización que, con ambulancias voluntarias, lleva gratis a enfermos terminales a donde quieran ir por última vez: el mar, un estadio, la casa donde crecieron. En catorce años cumplieron más de dieciséis mil deseos.

Mario Stefanutto murió después de aquel paseo. Eso también hay que decirlo, sin esconderlo: el viaje al puerto no cambió el desenlace. Y quiero que notes algo, porque es exactamente lo que este libro necesita que veas: las dos cosas son verdad al mismo tiempo. Vio el puerto una última vez, y murió. Ninguna de las dos anula a la otra. Acompañarlo en el cruce no fue una apuesta a que sobreviviría. Fue, simplemente, no dejarlo solo en el camino.

Años después, el propio Kees murió de golpe, de un paro cardíaco, sin ningún aviso. Su fundación anunció ese mismo día que todos los deseos que él ya tenía programados se cumplirían igual. El que acompañaba se fue sin ser acompañado, y lo que había construido siguió acompañando a otros.

Hay una promesa antigua, dicha a un pueblo entero que había perdido su tierra y no sabía si algún día volvería a verla, que se parece mucho a lo que hizo Kees con su ambulancia:

“No temas, que yo te he redimido; te he llamado por tu nombre; tú eres mío. Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te cubrirán sus aguas; cuando camines por el fuego, no te quemarás ni te abrasarán las llamas.” (Isaías 43:1-2, NVI)

Fíjate bien en lo que dice y en lo que no dice. No dice “no vas a cruzar el agua”. Da el cruce por hecho: “cuando cruces”. No promete evitarte el paso por lo difícil. Promete algo distinto: que no lo cruzas solo.

Eso es, exactamente, lo que Kees le dio a Mario esa tarde en el puerto. Y es, quizás, lo único que tú puedes garantizarle hoy a la persona que amas: no que el cruce no vaya a doler, sino que no lo va a cruzar sola.

Y aquí quiero decirte algo más, con toda la claridad que pueda: nada de lo que pase después de esto va a medir cuánto la amaste.

Si en algún momento tu mente se te adelanta e imagina lo que no quieres imaginar, o si un día, cuando todo esto termine —de la forma que sea— te preguntas si hiciste lo suficiente, quiero que tengas esta frase guardada: ya la amaste con todo lo que tenías, aquí, en este pasillo, hoy, con tu cansancio y tu miedo y las horas que llevas sin dormir. Eso ya cuenta. Ya es completo. Pase lo que pase.

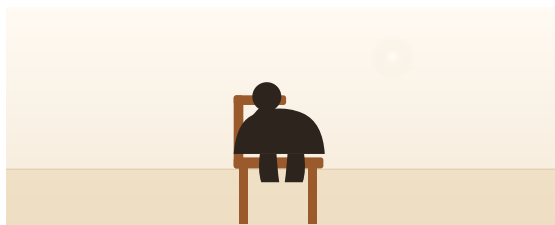
Puedo acompañar en el cruce, sin poder evitarlo, y eso ya es suficiente.

LA PALABRA

Isaías 43:1-3 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Si tu mente se ha adelantado alguna vez a imaginar el después, ¿puedes tratarla con más suavidad la próxima vez que lo haga?
 - ¿Qué significa, para ti, “acompañar en el cruce” hoy, concretamente?
-



CAPÍTULO 5

El guardián que no duerme

¿Alguna vez le hablaste a alguien que no podía contestarte, sin saber si te estaba escuchando de verdad? Y, si te ha pasado, ¿alguna vez te preguntaste si tenía sentido seguir haciéndolo?

Martin Pistorius tenía doce años cuando, en Sudáfrica, empezó a perder el habla, el control de su cuerpo y el contacto visual. Los médicos nunca confirmaron del todo qué le pasaba, y le dijeron a sus padres que lo llevaran a casa a esperar que muriera. No murió. Quedó, según creían los médicos, en estado vegetativo. Su padre, Rodney, se levantaba a las cinco de la mañana para vestirlo; sus padres ponían un despertador cada dos horas, toda la noche, para girarlo y que no le salieran llagas. Durante años.

Aquí está el dato que casi nadie cuenta bien, y que quiero corregir con cuidado: no es verdad que Martin pasó doce años en coma, como circula por ahí. Lo real es más difícil todavía. Entre los catorce y los dieciséis años, mientras todos a su alrededor creían que no había nadie adentro, Martin empezó a despertar. Hacia los diecinueve estaba plenamente consciente — y completamente incapaz de avisarlo. Escuchaba todo. Entendía todo. Y no podía mover ni un músculo para decirlo.

Hubo un momento, en medio de esos años, en que su madre, agotada más allá de lo que un cuerpo debería soportar, le dijo, mirándolo: “Ojalá te murieras.” Él la oyó.

Y quiero que sepas cómo terminó eso, porque es importante: años después, cuando por fin pudo comunicarse por computadora, lo primero que hizo con esa historia no fue guardarle rencor. La entendió. Dijo que, cada vez que ella lo miraba, veía una parodia cruel del hijo sano al que había amado, y que eso, sin dejar de ser una frase que duele, no la convertía en una mala madre. La convertía en una madre exhausta, rota, sin ningún manual para lo que estaba viviendo.

SI LO QUE ACABAS DE LEER SE PARECE DEMASIADO A LO QUE
SIENTES

Este capítulo nombra pensamientos que mucha gente, en tu misma situación, ha tenido y jamás se atrevió a decir: desear que esto termine, imaginar el funeral, sentir alivio, necesitar alejarte de la habitación. Sentir esto no significa que acompañes mal, ni que seas un mal creyente. Pero si además de esto llevas días sin ningún respiro, o han aparecido pensamientos de no querer seguir tú, por favor no atraveses esto en silencio. Díselo a alguien ahora mismo — un familiar, un médico, cualquier persona de confianza cercana — y busca ayuda profesional: un psicólogo, un médico, los servicios de emergencia o una línea de ayuda emocional de tu país. Pedir esa ayuda no es rendirte. Es una de las formas más valientes de seguir sosteniendo a la persona que amas: cuidándote también a ti.

Lo que salvó a Martin, al final, no fue un médico famoso ni una máquina nueva. Fue Virna van der Walt, una aromaterapeuta del centro de día donde lo cuidaban, que notó que sus ojos respondían a lo que ella le decía, y no dejó de insistir hasta que lo evaluaron de verdad. Hoy Martin trabaja, está casado, tiene un hijo. Y sigue diciendo lo mismo sobre esos años en que nadie sabía que él escuchaba: que hablarle, aunque nadie creyera que servía de algo, era real. Contaba.

Hay un salmo, cantado por peregrinos que caminaban largas distancias, que dice algo que quiero que te lleves de este último capítulo, porque es, quizás, el permiso que más necesitas hoy:

“No permitirá que tu pie resbale; jamás duerme el que te cuida. Jamás duerme ni se adormece el que cuida de Israel... El SEÑOR te cuidará en el hogar y en el camino, desde ahora y para siempre.” (Salmos 121:3-4,8, NVI)

El guardián que este salmo describe no se cansa. Tú sí. Y esa diferencia es, precisamente, el regalo del salmo: no tienes que ser tú quien vigile las veinticuatro horas sin descanso, porque la vigilancia que sostiene a la persona que amas no depende de que tú también renuncies al sueño. Puedes dormir un rato. Puedes salir a comer. Puedes cerrar los ojos esta noche sin que eso sea abandonarla. Hay una vigilia más grande que la tuya sosteniendo esto, y tú puedes, por fin, apoyarte en ella.

Y si esta noche le hablas, aunque esté sedada, aunque no responda, aunque no sepas si te escucha — quiero que sepas que no hace falta que ella conteste para que lo que le digas quede dicho, y sea real. Vale para ella, si te oye de alguna forma que no podemos medir. Y vale, sobre todo, para ti, que necesitas decirlo.

No hace falta que me responda para que lo que le digo quede dicho.

LA PALABRA

Salmos 121:1-8 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Hay algo que te gustaría decirle hoy, aunque no puedas saber si te escucha?
 - ¿A quién podrías dejar que “vigile” un rato mientras tú descansas, aunque sea un momento?
-

Un paso: cinco minutos, una mano, tres respiraciones

Ven, siéntate un momento conmigo antes de seguir. No te voy a pedir una tarea larga ni una reflexión profunda. Solo esto, si puedes, hoy:

- 1 Si puedes, toma la mano de la persona que amas — o acerca la tuya a la suya sobre la sábana, si no puedes tocarla todavía.
- 2 Respira despacio tres veces, sin apurarte. No tiene que sentirse solemne ni especial.
- 3 Di, en voz baja o solo por dentro, una frase que empiece así: “Hoy la amé cuando...” y complétala con algo concreto de hoy — le hablé aunque no respondiera, le sostuve la mano media hora, me quedé en vez de irme, lloré en el pasillo y volví a entrar.

No es para sentirte mejor ni para “ganar” tranquilidad. Es para dejar constancia, aunque sea solo para ti, de que hoy sí hiciste algo real, aunque el día entero se haya sentido como si no hubieras hecho nada. No cambia ningún pronóstico. Cambia una sola cosa, más pequeña y más cierta: que hoy no dejaste de estar presente, aunque por dentro sintieras que no quedaba nada de ti.

Y SI EN ALGÚN MOMENTO SIENTES QUE EL MIEDO O EL CANSANCIO TE SUPERAN DE UNA FORMA QUE YA NO PUEDES SOSTENER EN SOLEDAD

—si llevas días sin dormir de verdad, si sientes que te estás desconectando de ti, si el pensamiento de perderla te sobrepasa por completo— habla con alguien del equipo que la atiende (trabajo social, capellanía, un psicólogo) o con una persona de confianza. Pedir ese apoyo no es debilidad ni falta de fe. Es parte de cuidarte para poder seguir cuidándola a ella.

Algo para decirle

Esto no es un guion. Es una forma para que pongas tus propias palabras adentro. Puedes leérselo en voz alta, decírselo al oído, o simplemente pensarlo mientras le sostienes la mano. No hay una versión correcta, y puedes repetirlo tantas veces como haga falta, cada día distinto.



[su nombre], soy yo. Estoy aquí, a tu lado. Te tengo la mano.

Quiero que sepas [aquí pones tú: un recuerdo concreto, algo que le agradeces, algo que esa persona hizo por ti alguna vez — algo real, tuyo, no una frase genérica].

No tienes que hacer nada por mí ahora. No tienes que responderme.

Solo quiero que sepas que estoy aquí, contigo, y que te amo.

Pase lo que pase, no estás sin compañía.

PARA COMPLETAR EL ESPACIO DEL MEDIO, SIN UNA SOLA FORMA OBLIGATORIA

- Puede ser un recuerdo pequeño y físico: un olor, una comida que preparaba para ti, una canción, sus manos.
- Puede ser un agradecimiento simple y directo: “gracias por...”, sin necesidad de resumir toda una vida.
- Puede ser algo del presente, no una despedida: no hace falta decir adiós, ni pedirle que se quede, ni que luche. Basta con decirle que está acompañada ahora mismo.
- Si no te salen las palabras, está bien quedarte únicamente con “Estoy aquí. Te amo.” Eso también es suficiente.

ESPACIO PARA TUS PALABRAS

Es, probablemente, lo más útil de todo este libro. Guárdalo cerca. Vuelve a él cuando lo necesites, tantas veces como haga falta.

Palabra de cierre

Quiero terminar con una bendición para ti, sea cual sea la noche que estés atravesando cuando leas esto.

Que el Eterno, el Creador, Aquel a quien tantas voces distintas han llamado por tantos nombres, te dé compañía en este umbral, sin exigirte una respuesta a la pregunta “¿hasta cuándo?” antes de que estés listo para hacerla. Que, como a los que vigilaron en Getsemaní, te permita velar sin culpa, aunque el cuerpo a veces te falle y necesites cerrar los ojos un rato. Que, como le pasó a Pablo, te sostenga con una gracia que basta, incluso si lo que pediste tres veces no te fue concedido tal como lo pediste. Que te acompañe en el cruce, como prometió una vez a un pueblo entero, no evitándote el paso, sino yendo contigo dentro de él. Y que, como el guardián que jamás duerme, sostenga a la persona que amas esta noche con una vigilancia más grande que la tuya, para que tú, por fin, puedas descansar un poco sin que eso sea abandonarla.

No sé cómo va a terminar tu historia. Nadie que sea honesto contigo podría decírtelo. Pero puedo decirte esto: quedarte aquí, hoy, con todo tu cansancio y todo tu miedo, ya es amor completo. Gane lo que gane esta noche.

Oración

PARA ORAR DESPACIO, EN VOZ ALTA SI PUEDES

La mano que no sé si me escucha



*Eterno,
son las tres de la mañana y no sé si la persona que
más amo va a amanecer,
y no vengo a pedirte que me lo prometas,
porque prefiero no mentirme con lo que ni tú me
aseguras así.*

*Traigo el miedo entero, sin disfrazarlo de fe:
el miedo a perderla, el cansancio de tantas horas sin
dormir,
las ganas de dormir que casi no me atrevo a tener.*

*No te pido que la sanes a cambio de mi fe,
ni que midas cuánto la amo por cuánto tiempo
aguanto sin dormir en esta silla.
Te pido que estés aquí, conmigo, en este pasillo,
que sostengas lo que yo ya no puedo sostener en
soledad esta noche,
y que me des fuerza solo para el minuto que sigue —
no para todos los que faltan.*

*Y si esta noche tengo que cerrar los ojos un momento
y descansar,
que no se sienta como traición: que sea la forma
humana de poder seguir queriéndola mañana.*

***Y recuérdame esto, aunque se me olvide antes
de que amanezca:
quedarme aquí ya es amor completo, gane lo
que gane esta noche.***

Antes de cerrar el libro

Hemos caminado juntos por cinco historias: un hijo que acompañó a su padre hasta la madrugada en que murió; un grupo de enfermeras que le escribió durante semanas a un hombre que no podía oírlas, y que despertó; una académica a la que le dieron dos años de vida y que sigue viva, diez años después; un conductor de ambulancia que le dio a un moribundo un último paseo por el puerto, y que murió poco después de haberlo visto; y un hombre cuidado día y noche por sus padres durante años, que pasó ese tiempo escuchándolo todo sin poder decir una sola palabra, hasta que alguien, por fin, lo notó.

No todas terminan igual. Te lo dije al principio y quiero repetírtelo ahora, al cerrar: ninguna de estas historias te dice cómo va a terminar la tuya. Lo que sí te muestran, las cinco, desde ángulos distintos, es que se puede acompañar —con miedo, con cansancio, sin saber, incluso deseando en algún momento que todo esto termine de una vez— y que ese acompañamiento ya vale, sea cual sea la noticia que llegue después.

Una pregunta para estos días, no necesariamente para hoy: de todo lo que has hecho por la persona que amas desde que empezó esta espera, ¿cuál es la cosa más pequeña que más te enorgullece?

No tienes que responderla ahora. Solo llévatela contigo, junto con el resto de este libro, a la silla, al pasillo, a la madrugada que siga.

Con todo mi cariño, pensando en ti y en quien esperas,

José.

Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen, y aquí está, por si algo te movió y quieres ir a la fuente.

Los escritos

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Biblica, Inc., verificadas contra el texto oficial (knowledge_base/textos/NVI/), leyendo cada pasaje completo en su contexto histórico-literario antes de citarlo.

- **Salmos 13:1-6** (salmo completo) — el lamento que todavía no sabe cómo termina
- **Marcos 14:32-42** (capítulo completo leído en contexto) — Getsemaní, la vigilia junto al que sufre
- **2 Corintios 12:1-21** (capítulo leído en contexto, citado vv.7-10) — la espina que no fue quitada
- **Isaías 43:1-28** (capítulo leído en contexto, citado vv.1-3) — el acompañamiento en el cruce, no la promesa de evitarlo
- **Salmos 121:1-8** (salmo completo) — el guardián que jamás duerme

Este libro, siguiendo la validación teológica de su equipo editorial, decidió no usar Santiago 5:14-15 (“la oración de fe sanará al enfermo”), Jeremías 29:11 ni Romanos 8:28 como apoyo motivacional: los tres son, en un momento así, los versículos más propensos a convertirse en una promesa de curación que el propio texto, leído completo, no ofrece. Tampoco se aludió a la hija de Jairo (Marcos 5) ni a Lázaro (Juan 11): ambos relatos terminan en resurrección, y ese desenlace, puesto delante de alguien que espera un desenlace real, puede leerse como promesa implícita de que basta con creer para que la persona se levante. Se decidió, con toda intención, dejarlos fuera.

Las historias

Rodrigo García Barcha, sobre los últimos días de su padre, Gabriel García Márquez, y de su madre, Mercedes Barcha.

Rodrigo García Barcha, Gabo y Mercedes: una despedida, Literatura Random House, 2021.

Michael Rosen, sobre su hospitalización por covid-19 y el cuaderno de las enfermeras del Whittington Hospital.

Michael Rosen, Many Different Kinds of Love: A Story of Life, Death and the NHS, Ebury Press, 2021; RCN Magazine (Royal College of Nursing), junio de 2022; Frontline (Chartered Society of Physiotherapy).

Kate Bowler, sobre su diagnóstico y su crítica al evangelio de la prosperidad.

Kate Bowler, Everything Happens for a Reason: And Other Lies I've Loved, Random House, 2018; Blessed: A History of the American Prosperity Gospel, Oxford University Press, 2013; Duke Today, "Kate Bowler Is Made for Hope", noviembre de 2025.

Kees Veldboer y Mario Stefanutto, sobre la fundación Stichting Ambulance Wens.

Historia oficial de la fundación (ambulancewens.nl); Rijnmond y NOS, julio de 2021.

Martin Pistorius, con la corrección obligatoria sobre el mito del "coma de doce años".

Martin Pistorius, Ghost Boy, Simon & Schuster, 2011; NPR, Invisibilia, "Trapped In His Body For 12 Years, A Man Breaks Free", enero de 2015.

Precisión necesaria: no estuvo doce años en coma, sino en estado vegetativo unos cuatro años, y consciente sin poder comunicarlo el resto de ese tiempo — algo distinto, y más difícil.

Una nota honesta

Las historias contemporáneas de este libro involucran a personas reales, contadas a partir de hechos ampliamente documentados y verificados contra fuentes primarias y periodismo confiable antes de esta edición. Deliberadamente, no todas terminan igual. Eso no es un descuido: es, precisamente, lo que este libro necesitaba mostrar sobre el acompañamiento — que vale, sin importar cómo termine.

FIN DEL LIBRO ESPECIAL — EL PASILLO



*“Un libro nuevo cada semana, para la luz que todavía
no terminas de apagar.”*

Este es un libro especial, escrito para una espera concreta
y real. Si algo aquí te movió, no lo guardes solo para ti:
compártelo con quien hoy lo necesita, en el pasillo que sea.

**Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo, compártelo,
regálalo a quien hoy lo necesite: es gratis, y siempre lo
será.**

**Somos un grupo sin ánimo de lucro. Únete a nuestra
comunidad y síguenos para recibir cada libro nuevo.**

Cualquier ayuda cuenta y nos importa: cada vez que
compartes este libro, y cada donación —dinero, alimentos
o ropa— nos ayuda a crecer y a llevar este mensaje a más
personas.

godlives.co

**Si lo que leíste aquí tocó algo profundo y sientes que
necesitas hablar con alguien, escríbenos a través de la
web: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin
ningún costo.**